

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

ESTEBAN Carro Celada es un valiente. Esteban Carro Celada, teólogo, escritor, enseñante de futuros escritores, se ha atrevido (en unión de Rafael Palmero) a meterse con un tema "escabroso". Y en un libro de nada menos que cuatrocientas páginas. Que se abre, para colmo, citando versos de Jorge Guillén: un poeta decente, sí; pero no reputado de celestial, ni devoto, ni siquiera congregante. ¡A dónde iremos a parar!

Aunque lo de los géneros literarios se ha convertido en una filfa, yo creo que este libro que tengo entre las manos -que acabo de leer de la cruz a la fecha- se acerca más que nada a la novela. Pero con el encanto de que toda la historia relatada "fue verdad". Como pasa en más de un "best seller". Al lector actual se le nota muy inclinado hacia los extremos: o el de dejarse embaucar -para Borges, todo narrador es un embaucador- y entonces acepta el juego de la máxima fantasía; o al contrario, elige la otra punta, la del testimonio -a veces sólo aparente- del propio autor, el reportaje, la biografía. Y se compra "Papillón". O las memorias del bailarín Antonio en la cárcel de Arcos.

Digamos ya que el libro de Carro-Palmero es la aventura -en principio, una aventura personal- de cierto rapaz llamado José. Que se hizo novio de una chica llamada María, así, sin diminutivos. Luego, lo personal de José se complicó un poco; lo complicaron "órdenes superiores" en la gran historia de la salvación del género humano. Un lío inmenso, hermoso. Y el caso es que en "San José del Sindicato de la Madera" (ya es hora de sacar el título), ni siquiera al hilo de las teologías más trascendentes se pierde el rastro de lo individual de José, de su realización como persona. Al fin, como consecuencia última, uno piensa que ese José puede llamarse Pepe; y repartir el butano en La Bañeza, o cultivar el lúpulo en el Torío, o servir güisquis en la barra de una cafetería de Ordoño. Una alentadora conclusión.

-Y dice usted que el libro es escabroso...

-Me remito, caballero, a la acepción de "lleno de tropiezos y embarazos", no seamos mal pensados. El tropiezo y el embarazo de toda una tradición bien intencionada, pía, pía, pero que desfiguraba un poco a San José. Usted ya me entiende.

-Sí.

CREO que nosotros, en León, no mantenemos un grado suficiente de conocimiento y comunicación con las capitales de provincia limítrofes. ¿Qué sabe de Lugo el habitual transeúnte de nuestras calles? Y Zamora. A ver: ¿Cuántos leoneses se han acercado en los días pasados a ese acontecimiento que merece fama hasta lejanas fronteras? En Zamora el día de San Pedro y San Pablo no hay más que ajos. Por las calles anda la gente con sus ristras de ajos en la mano o sobre el hombro: o el cuello como esas flores que en remotas islas calientes dan la bienvenida al visitante. De orilla a orilla del Duero huele a ajo. El toma y daca está en la avenida de las Tres Cruces, donde el Viernes Santos van los cofrades a hacer la reverencia y a comer sopas de ajo. Zamora, en fin, la bien cercada de piedra, tiene en este final caluroso de junio altas y tupidas murallas de ajos.

El ajo es planta indispensable en toda cocina honrada, pero a esta utilidad gastronómica se une su condición salutífera contra muchos andancios, y más si se trata de reumas y artritis. Bastaría para explicar su apoteosis de este día. Y he aquí que por añadidura ha venido la moda de utilizar sus rurales trenzas como elemento decorativo burgués. Pasa mucho ahora, lo de que los ricos se complazcan en las cosas humildes. He visto comprar el género más escogido y blanco y aterciopelado, para enviarlo a un adinerado catalán. Imagino el elemental producto de Casaseca o de Peleas de Abajo ornamentando en Sitges una chimenea ilustre, donde puede haber también unas madreñas descabaladas y una vieja plancha para la ropa, de las que se cebaban con carbones encendidos, que ahora valen un dineral.

Ciertamente, a los muy pudientes les da por prohiar los símbolos más sencillos. Pero en justa compensación, un simple feriante maneja instrumentos que antes serían un sueño. Yo le compré mi riestra y le aprendí su lección -una riestra tiene 32 cabezas, un haz se compone de diez riestras- a Lisardo el de Corrales, joven y animoso vendedor que no sólo expone la mercancía sino que la vocea con ese talante que los del "marketing" llaman agresividad. Acabó mucho antes que los viejos, tradicionales, pacientes vendedores. Cuando arranca su coche, largo y flamante, una de esas "rubias" que igual se llenan con hortalizas como acogen a toda la familia para marchar a los toros de Benavente, Lisardo el de Corrales me hace un gesto de connivencia y yo entiendo lo que quiere decirme, a propósito de esta feria y de toda

la feria que es el mundo:

-¡Hay que estar en el ajo!